

ro es digna de un hijo afectuoso que tiene á gloria profesar la fé católica y se honra con la lealtad real. No entro en los detalles de la carta misma por no renovar el dolor que su primera lectura me ha causado. Yo bendigo á Dios que ha permitido que V. M. colme de amargura el último período de mi vida. Por lo demás, no puedo admitir las exigencias expresadas en vuestra carta, ni asociarme á los principios que contiene. Invoco de nuevo á Dios y pongo en sus manos mi causa, que es enteramente la suya, y le ruego que conceda á V. M. gracias abundantes, le libre de todo peligro, y tenga con vos la misericordia que os es necesaria.

En el Vaticano, el 11 de Setiembre de 1870.—PIO, PAPA IX.»

El jefe de la Iglesia no permitió á sus tropas que combatesen como querian hasta morir, despues de rechazar la invasion, más para protestar que para otra cosa; apareció la bandera blanca en todos los fuertes de Roma; triunfante el ejército italiano, el Papa se encerró en el Vaticano y de allí no ha salido todavía, ni se espera que salga hasta que, calmada la efervescencia que reina en Europa, puedan las naciones católicas examinar y juzgar la conducta de Víctor Manuel.

Seria interminable este artículo si reasumiéramos en él todos los acontecimientos de este año. Hemos apuntado los más culminantes, y ponemos punto, seguros de que Europa va á asistir de aquí á un año á los sucesos más trascendentales del siglo XIX.

ALMANAQUE RECREATIVO.

LOS DOS ARRIEROS.

CUENTOS DEL CASERÍO.

(Traducido del vascuence alavés.)

Hace algunas semanas, cuando todavía estaban todas las laderas de las peñas de Echagüen cubiertas de nieve, llegamos una tarde, ya cerca del anochecer, á uno de los caseríos de Aréjola, despues de haber entretenido gran parte del dia en correr por aquellas asperezas persiguiendo á las liebres. Un frio extremado se dejaba sentir; la luna, asomando por entre las lejanas nieblas que se alzaban hácia Uncilla, empezaba á iluminar el valle. Para aficionarnos á cuadros melancólicos, el paisaje que se extendia hácia nosotros era digno de especial estudio: su contemplacion hubiera inspirado á más de un poeta quejumbroso una balada nocturna, de esas que nos trasportan con su lectura á los sombríos horizontes de Scandiviana; pero de seguro, al concluir su obra, hubiérase encontrado el bardo sorprendido por una pulmonía de grueso calibre, colada de rondon insensiblemente en su cuerpo mientras tramaba sus inspiradas endechas.

Entre los aullidos de los perros y saludos de los *guizones*, y alumbrados por un antiquísimo candil, entramos en una de esas patriarcales viviendas en las que lejos del mundo moran en tanta paz y concordia las familias vascongadas. Se nos dieron asientos en el ahumado escaño de la cocina, donde entre colosales troncos de leña que chisporroteaban, hervian grandes pucheros, ostentándose sobre el penacho

de llamas que salian del hogar una enorme caldera, en la que estaban cocándose algunos cientos de castañas. Fumaban los viejos y algunas *achues* tambien en sus negruzcas pipas.

Hablando, hablando, pasaron algunos ratos, y al fin la abuela de la casa, que tenia dos nietecitos en el alda y otros dos apoyados en el respaldo de su silla, no sé por qué incidencia, refiriéndose á la práctica de las buenas obras, dijo alzando la voz:

—Silencio, señores, que voy á contar un cuento á mis nietos.

Y como el cariño y el respeto á los ancianos raya en lo bíblico en estas tristes montañas, todos los que oimos la advertencia cerramos los labios, hicimos un gran corro en torno de la abuela, y ésta, apagando su pipa, guardóla cuidadosamente en la faltriquera, y fué tramando así su relacion:

—«Habia antiguamente, en tiempos de las brujas, dos arrieros que toda su vida habian caminado en mútua compañía y solian traer vino de la Rioja para los pueblos de Vizcaya: un dia en que caminaban por los senderos del valle tropezaron con un pobre medio ciego y medio cojo, que, echado en la orilla del camino, pedia limosna por el amor de Dios á los pasajeros. Al verle dijo José Martin, el más viejo de ellos:

—Voy á darle una moneda y un pedazo de pan.

—Pues yo no me bajo del macho por ese pobre, dijo Miguel Anton, que era el otro. ¿Qué tenemos que ver con él?

—Es bueno dar limosna, Miguel, añadió su compañero.

—Pues yo creo que no se adelanta nada, y por eso en mi vida la he dado.

—Haz como gustes; pero yo te apues-

to lo que quieras á que si le preguntamos á D. Juan el escribano de Garagarza, que es muy sábio, si es ó no bueno darla, dice que sí, y gano yo la partida.

—Apostemos, pues.

—Dí lo que ha de ser.

—Si tú ganas, me sacas á mí los ojos, y si gano yo te los saco á tí.

—Convenido.

José Martin dió su limosna al pobre, y Miguel continuó adelante cantando al compás de la zumba que llevaba pendiente el último macho.

Cuando llegaron á Garagarza, mientras José Martin arreglaba la récua, su compañero se fué á consultar al escribano, dejándole escurrir entre las manos algunas monedas de plata para que sentenciasen á su favor.

José Martin no supo la felonía, y cuando ambos arrieros acudieron á oír el dictámen del escriba, este sentenció en favor de Miguel. Volvieron á tomar el camino de los montes, y al llegar á aquellos solitarios lugares de Larrazábal, casi al pié de Amboto, desde donde se ve de cerca la cañada de Azpe y de lejos la vega de Durango, y allá, mucho más allá, las playas del mar, cumplieron lo prometido en la apuesta, y Miguel sacó los ojos á su amigo, dejándole abandonado.

El ciego se arrastró penosamente por entre las zarzas, y despues de mucho andar, llegó, cuando esperaba morir, á las faldas desiertas de los peñascales de Udala.

Allí se sentó sobre una piedra.

Habia cerrado la noche. Al cabo de algunas horas le pareció oír ruido confuso de risotadas y voces femeniles; José Martin prestó atención. En una hermosa campiña donde no había ni una argoma, ni un helecho, se habían reunido á la luz de la luna todas las brujas de aquellos valles.

Bailaban en corro, y decían:

¡Erritzé, eta maritzé!

¡Echien sarriá, emen gasté!

—¿Sabeis algo?

—Sí, yo sé una cosa.

—Y yo otra.

—Y yo otra.

—Oigamos, pues.

Las brujas se sentaron, y una de ellas dijo:

—Yo sé que los de la villa de donde

soy están desesperados, porque despues de haber gastado mucho dinero no han podido hallar una fuente, y se mueren de sed en el verano. Si cavasen muy poco en medio de la plaza tendrían agua abundante.

José Martin, que había oído hablar muchas veces de aquel asunto en una populosa villa de Guipúzcoa, se alegró al saber la noticia.

—Yo sé, añadió otra, que la hija de los Sres. de Iturrilanda, que son millonarios, está agonizando hace mucho tiempo, y es porque un día al salir de la iglesia se la cayó de la mano el pan bendito, y por orgullo no se bajó á recogerlo; lo cogió despues un sapo que está entre las rendijas de la pared del pórtico, y lo tiene en la boca; si matan el sapo y le dan el pan á esa doncella, y lo come, sanará.

—Yo sé, dijo la tercera, que ayer apostaron dos arrieros á ver qué era mejor, si dar ó no limosna; y la apuesta fué el perder los ojos. Perdió el que dió la limosna, y se quedó sin ojos. El otro los tiró en la fuente de Iturrilanda, y allí están. Si fuera el ciego y se lavara, volviéndose los á poner, vería como antes.

José Martin recobró ánimo con la noticia, y esperó á que las brujas se marcharan.

Despues se arrastró hasta un calero donde había algunos vizcainos haciendo cal. Les rogó que le condujeran á la fuente citada, y allí se lavó, se puso los ojos y sanó.

A los pocos días fué á la villa que buscaba el agua. Propuso al alcalde el dotarles de una fuente si le pagaban bien, y aunque al principio nadie le creyó, porque no era ingeniero, ni maestro de obras, ni siquiera francés, convinieron al fin, y en mitad de la plaza brotó un manantial abundante. El arriero recibió mucho dinero y muchos regalos, y despues que compró en Tolosa un hermoso traje nuevo, se dirigió hácia los caseríos de Iturrilanda.

Todos los médicos de las provincias habían visitado á la *señorita*, pero esta, en vez de curarse, iba de peor en peor.

Costóle mucho á José Martinez ser recibido. Las criadas quisieron despedirle con cajas destempladas; pero él

insistió y al fin se acercó al lecho de la enferma. Contó el arriero el suceso del pan bendito, y convino la doncella en comerlo, aunque se lo trajeran de la boca del sapo.

Entre las piedras de la pared estaba este, verde, verde, con unos ojos que daban miedo. Sacáronlo de allí, lo mataron y la enferma comió el miajon con más gusto que si la hubieran dado un pedazo de *artopill* con huevo. Al momento sanó. Se puso rozagante y colorada; y ¿cómo pagar al arriero su servicio? Casándose con él.

Al ruido de la boda acudieron muchas gentes, y uno de los primeros convidados fué Miguel Anton, el otro arriero, quien maravillado de la fortuna de su compañero, apenas podía dar crédito á lo que veía. El aguijon de la envidia le estuvo punzando sin cesar mientras las fiestas duraron. Un día llamó á su lado á José Martin, y le dijo:

—¿Cómo has hecho tanta suerte?

—Muy sencillamente; cuando despues de sacarme los ojos me quedé abandonado, oí á las brujas decir muchas cosas, y entre ellas las que me han servido para ser tan feliz.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Todos los que quieras.

—Mira: sácame los ojos despues de que me lleves á aquel sitio, y veremos si hago yo también fortuna.

—Convenido.

Partieron ambos para las soledades de Udala, y Miguel, despues de haber perdido los ojos, se sentó en un lugar retirado. Por la noche no se hicieron esperar las brujas:

¡Erritzé eta maritzé!

¡Echien, sarriá, emen gasté!

—¿Sabeis algo?

—Sí; sé yo una cosa muy divertida.

—¡Oigamos, oigamos!

—Un arriero nos oyó lo otra noche y recobró la vista; halló la fuente y curó á la del pan bendito, y otro compañero suyo, despues de quedarse sin ojos, nos está escuchando para ver si contamos algo de notable con lo que pueda hacer fortuna.

—Y ¿dónde está?

—Venid conmigo.

Miguel quiso huir, pero se vió bien pronto rodeado de las brujas, que, cogiéndole en hombros, le llenaron de

arañazos, y subiéndole despues á un peñasco le arrojaron al valle. Mientras el pobre echaba los últimos lamentos, las brujas bailaban en corro lanzando fantásticas carcajadas. Despues se acurrucaron en las nieblas que bajaban del Amboto, y una ráfaga de viento se las llevó á los quintos infernos.»

Aquí acabó la abuela su cuento. Los oyentes no habíamos perdido una sola palabra. Los nietecitos se miraban unos á otros, como asombrados.

Despues cenamos; cuando concluimos las castañas, el más pequeño de todos había conservado más de dos docenas entre sus manos.

—¿Para qué guardas esas castañas? preguntó la abuela.

—Para dar cuatro á los pobres que llamen á la puerta, y así no me llevarán las brujas, abuela, que las tengo mucho miedo.

La abuela, satisfecha de su triunfo, nos miró á todos sonriéndose, mientras cubría de besos la frente del niño.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

PERCANCES DE UN GASTRÓNOMO.

Regresaba hace poco de Vitoria, y al entrar en un wagon encontré sobre el asiento de uno de los rincones del coche un libro en francés, que por desgracia nuestra no está traducido al castellano, y en el que en el idioma de Voltaire se llama *Manuel du convive*, ó lo que es lo mismo, *Manual de los que asisten á convites*.

Pensé que pertenecería á algun viajero de allende el Pirineo; pero no tardé en convencerme de que me había equivocado, porque entre dos de sus páginas hallé un papel cuidadosamente doblado, en el que se leía lo siguiente:

Otra casa me ha cerrado sus puertas; la de la condesa X. Mi mala estrella y mi torpeza en la mesa son causa de este nuevo siniestro.

Hacia más de tres meses que no había recibido ninguna invitación de esta amable señora, cuando á los pocos días de llegar á Biarritz tuvo á bien convidarme á comer.

La buena señora tardó todo este

tiempo en perdonarme la pérdida de un traje de satén azul, sobre el cual, por culpa mía, cayó un plato de sopa. En vano traté de echar el muerto á un criado: nadie dudó de mi torpeza, y la condesa ha tardado más de noventa días—lo que se tarda en pagar una letra—en perdonarme.

Pero, en fin, al convidarme de nuevo en Biarritz me demostraba que habia olvidado mi falta de tacto, y á cosa de las siete entré en el salon vestido de la más rigurosa etiqueta: pantalon y chaleco negro, camisa bordada, corbata blanca y guantes immaculados.

La condesa me recibió con la mayor finura, pero sin entusiasmo; mi rostro le recordó el plato de sopa que habia caído sobre su vestido azul.

Por fin nos sentamos á la mesa, y me encontré entre dos señoras, una de ellas delgada como un fideo, y la otra tan sumamente gruesa que apenas podia el anchuroso cuerpo de su vestido contener la inmensa mole de alabastrina carne con que la habia dotado la naturaleza.

Esta voluminosa señora estaba á mi derecha y apenas podia moverme.

El criado que nos servia—aquél á quien en Madrid habia acusado injustamente—me lanzó al verme una mirada furibunda, y asomó á sus labios una sonrisa sardónica.

Instintivamente comprendí que tenia detrás á un enemigo.

Al llegar al Madera, el tunante llenó mi vaso de tal modo, que al cogerle no pude ménos de dejar caer algunas gotas del líquido sobre el mantel.

Una mirada de la condesa me advirtió que habia dado un paso en falso.

—¿Quiere V. S. que ponga una servilleta doblada? me preguntó el criado en alta voz.

—¿Para qué? le pregunté, ruborizándome á pesar mio.

—Para cubrir el vino que acaba V. S. de dejar caer.

—No hay necesidad.

—Lo decia, porque como ha caído al lado de la señora...

Mi vecina, que no lo habia notado, hizo un movimiento de terror, y procuró, aunque en vano, separarse de mí.

Por fortuna la tranquilicé, demostrándola que se ahogaba en poco... vino.

Por insignificante que fuera este pri-

mer accidente, me puse en guardia contra un nuevo desacierto. Llevaba los manjares á la boca con un cuidado religioso, y poco me faltó para coger el vaso con las dos manos, como hacen los muchachos.

Se sirvió un *cibet* de liebre, y yo comencé á partir con el mayor cuidado la parte que vino á mi plato. Era tan duro, que el tenedor apenas podia entrar en él, y el cuchillo se resistia á dividirle.

Debo advertir que me habian puesto mucha salsa.

Después de muchas tentativas inútiles se me acabó la paciencia, y comencé á tratar de mal modo á mi racion.

Su venganza no se hizo esperar.

Procurando trinchar con mucha fuerza, al sacar el cuchillo lo levanté, cayó y salpiqué de una manera horrible mi corbata y la pechera de mi camisa.

Procuré limpiarme, pero la servilleta con que lo hice habia recibido tambien parte de la salsa, y no hice más que aumentar la mancha.

Mis vecinas, que habian participado tambien de las iras del pedazo de *cibet*, se levantaron para examinar las faldas de sus vestidos.

No sé lo que murmuraron, pero su acento me estremeció.

La condesa me miró de una manera implacable.

Uno de los convidados, hombre de buen humor, exclamó desde el otro extremo de la mesa:

—Límpiese Vd. la frente... y tambien la mejilla derecha.

—Pero ¿qué es lo que hace Vd.? exclamó otro; se está Vd. limpiando con la servilleta, que está sucia, y se está Vd. manchando cada vez más.

No sé lo que hubiera dado por llamarme siete estados bajo tierra.

El pícaro del doméstico se inclinó hácia mí y me dijo con voz cariñosa:

—¿Quiere Vd. una servilleta para ocultar su camisa?

Le miré y no le respondí.

—Lo digo porque V. S. se ha manchado mucho, añadió, y con una servilleta se cubriría.

Volví á mirarle, y cogiendo la servilleta até dos puntas á mi cuello, ni más ni ménos que los coegiales.

—Eso es, como los niños, dijo mi comensal de buen humor.

La comida continuó, pero ya no sabia si comia: estaba desesperado.

Al fin llegaron los postres.

Ya pueden Vds. figurarse cómo tendria mis nervios: al menor ruido me estremecia y vibraba como las cuerdas de un violin.

Pero ¡ay! todavía me quedaba un paso más para dar fin á mi calvario.

En el momento en que el doméstico me ofrecia compota de frambuesa, al acercar mi plato lo hizo con un movimiento tan impetuoso, que rompí la compotera y cayó sobre los hombros y el pecho de mi gruesa vecina.

Todos los convidados prorumpieron en un solo grito: «Ese hombre está loco.»

Lo estaba en efecto.

Avergonzado, corrido, me precipité fuera del comedor, dejando caer mi silla, tropezando con un criado, y diez minutos después me encontré en la fonda sin *paleot*, sin sombrero y sin saber cómo me hallaba allí.

Al dia siguiente el bribon del doméstico me trajo el *paleot* y añadió con sonrisa burlona:

—¿Ha descansado V. S.?
No sé como no le maté.
Desde entonces...»

Aquí llegaba de mi lectura en el wagon, cuando el tren se detuvo y oí gritar:

—¡Valladolid!... ¡Valladolid!... ¡Quince minutos!...

Cogí el libro bajo el brazo, bajé para tomar algo en la fonda, y al llegar me senté á la mesa.

Al tomar café pude asistir á un incidente cómico que pasó al lado mio.

Un caballero grueso, como de unos cuarenta y cuatro años, de anchos y colorados mofetes, de elegante porte, acababa de dejar caer su taza de café sobre el vestido de una señora.

El pobre se deshacia en excusas, que la señora no parecia aceptar con la mayor resignación.

Al ver aquello me levanté, y acercándome á él:

—Caballero, le dije, me parece que este libro le pertenece á Vd.

—¿Este libro?

—Sí, señor, el *Manual de los que asisten á conrites*.

—Con efecto, me respondió examinándole, ese libro es mio, y le agradez-

co á Vd. que me lo devuelva. Pero ¿cómo diablos ha adivinado Vd. que me pertenece?

A esta pregunta le contesté mostrándole el vestido de la pobre señora que acababa de recibir el contenido de su taza de café.

—¡Ah! caballero, me dijo, segun eso, ¿ha leído Vd?...

—Sí señor; pero no habia pasado de la compota, le respondí. La comida no estaba completa: me faltaba asistir al café.

X.

UN SOLTERON.

Hace algunos años asistia yo al Casino casi todos los dias; y particularmente á la hora de comer, tenia siempre á mi lado un personaje original.

No hay para qué decir que no tardamos en ser amigos.

D. Andrés era, en toda la extension de la palabra, lo que se llama un solteron, y tenia sobre el celibato y contra el matrimonio ideas fijas; que no despreciaba la ocasion de apoyar.

Como todos los partidarios del celibato, no comprendia que un hombre sacrificase su libertad á una mujer, á la mujer que, en su concepto, y á la órden de la creacion, no debia ser más que una esclava.

¿Y en dónde me dejan Vds. el capítulo de los niños? ¡Con qué sublime horror hablaba de estos angelitos!

—Llorones, exigentes, alborotadores, interrumpen el sueño, trastornan las comidas, os obligan á permanecer en vuestra casa cuando quereis salir, y vice-versa, etc., etc.

Por lo demás, habia en la vida de mi hombre una particularidad.

Todos los dias llegaba al Casino á las tres en punto, se sentaba en una mesa de *whist* ó de *ecarté*, otras veces leia periódicos, otras charlaba, pero á las cinco en punto se levantaba y salia.

A la hora de la comida volvia, ocupaba su puesto en la mesa redonda, y después de tomar café, ó iba al teatro ó se quedaba en algun gabinete de conversacion.

Su desaparicion diaria á las cinco de la

tarde excitaba de vez en cuando el mal humor de sus compañeros de juego, sobre todo cuando estos habian perdido.

Un dia que jugaban al tresillo, los que hacian la partida resolvieron seguirle para averiguar dónde iba.

Desde la Carrera de San Jerónimo se dirigió por la calle del Lobo á la del Prado.

Al llegar á la puerta de una de las casas más lujosas que hay en ella, salió á su encuentro un lacayo elegantemente vestido y le entregó un cordon de seda, al fin del cual habia un perrito de aguas.

Mi hombre llevó el perrito á la gloria de Cervantes, le dió algunos paseos, se detuvo cuando el animalito queria... que se detuviese, volvió á la casa, halló al mismo criado, le devolvió el cordon con el perro y se volvió al Casino.

Dos ó tres dias despues jugaba con los mismos que le habian observado, y uno de ellos, no pudiendo contener su mal humor:

—¿Por qué no hace Vd. que el criado pasee el perrito?

—Imposible, respondió mi hombre; los domésticos son muy descuidados, y si ocurriera el menor accidente...

El solterón, que no sacrificaba su libertad á una mujer, ni aspiraba á las delicias de la paternidad, se consolaba con ser lacayo de su perro.

—Eso no me extraña, respondí yo; ya sabe Vd. que huyendo del peregril...

—Pero no es esto todo. Desde hace algun tiempo dejé de verle, cuando una de estas noches leí en *La Correspondencia* que D. Fulano de Tal se ha casado con una jóven de su misma vejez.

Esta inocente declaracion me dió que pensar.

—¿Cómo, exclamé, un hombre que parecia tan enemigo del matrimonio, no solo se casa, sino que por lo visto legitima una union ya antigua, regulariza una posicion extralegal?

Soy muy curioso, y la curiosidad me llevó á hacer una visita al nuevo desposado.

Como era natural, me presentó á su esposa, morena de treinta y cinco á cuarenta años, elegante y graciosa.

Terminada mi visita me retiré, y mi

amigo me acompañó hasta la puerta.

—Le doy á Vd. mi enhorabuena; ha encontrado Vd. una mujer encantadora; comprendo que haya Vd. cambiado de opinion.

—No; ¡si no he cambiado! Pero hay situaciones en la vida...

—Nada me extraña.

—¿Sabe Vd. lo que me ha pasado?

—Me lo figuro.

—Y es natural lo que he hecho; ¿no es verdad?

—Naturalísimo.

—Figúrese Vd. que mi perrito entabló relaciones con una perrita de mi vecina, y llegó á tomarla tanto cariño, que no queria ni comer ni beber... He estado á punto de perderlo, aunque lo han visitado los mejores veterinarios de Madrid. En tan crítica situacion, propuse á mi vecina la adquisicion de su perrita. ¡Deseo inútil! Solo habia un medio de poseer el animal: casarme con su propietaria, y me casé.

Mi asombro fué tan grande que no pudo menos de notarlo.

—Pues yo creia que estaba Vd. enterado, me dijo sorprendido.

—No; le respondí yo, creia pura y simplemente, despues de su exordio, que se habia Vd. casado con su querida.

—¡Yo! ¿Por quién me ha tomado usted? ¡Antes morir!

Este es un tipo que abunda mucho.

Lo señalo á las mujeres para que lo exterminen si es posible.

JUAN DE MADRID.

LA MANO.

Una mano blanca era en los antiguos tiempos emblema de inocencia: una mano encarnada simbolizaba la fuerza del guerrero: una mano callosa indicaba vulgaridad.

Byron pensaba que no habia nada que caracterizase tanto como la mano el origen de las personas. En su opinion era el único indicio de la aristocracia de la sangre. Puede ser que opinase de este modo porque su mano era extremadamente pequeña.

El duque de Buckingham se mostraba muy orgulloso con las suyas.

En cuanto á las señoras,—¿por qué no he de ser galante?—creo que todas han tenido, tienen y tendrán manos encantadoras.

Entre los egipcios, la mano era un simbolo de fuerza, y entre los romanos de fidelidad.

Nunca la consagró á la diosa *Fidelitas*.

Entre nosotros, en la Justicia, la mano es un simbolo de verdad.

Observad ahora la tendencia de nuestro espíritu hácia el antropomorfismo. Se manifiesta en los constantes esfuerzos que hacemos para prestar á lo invisible formas corporales y revestir con atributos humanos los poderes ocultos.

¿Quién nos dirige ó nos extravia en la vida? ¿No es la *mano* de la Providencia, ó el *dedo* del destino? ¿No destruye la *mano* del tiempo los imperios? ¿No imprime con ella en nuestro rostro las fatales arrugas? ¿No es la mano de la muerte la que nos arrebató la existencia? ¿Por qué palideció Baltasar en medio de la orgía? Porque una mano invisible trazó á sus ojos la terrible sentencia: *Mane, Thecel, Phares*.

Nuestros padres, y aun nosotros mismos, empleamos la mano para practicar toda clase de juramentos.

Los antiguos vasallos rendian homenaje á su señor con la mano.

Los besa-manos reales son una muestra de respeto por parte de los súbditos, y de favor por la de los monarcas.

Cuando no se participa de las ideas de las personas con que estamos en relaciones; cuando quiere uno desentenderse de sus actos, se dice: *yo me lavo las manos*.

Los amigos se saludan estrechándose mutuamente la mano.

Cuando se baila, se apodera uno de la mano de su pareja, y esto—digan lo que quieran los tímidos ó los mogigatos—aumenta el atractivo del baile.

La mano sirve para hablar: y si no, que lo digan los sordo-mudos.

Mis lectores recuerdan que hay algunos que se toman la *mano*, cuando se les da el pié.

Tambien hay muchos que cantan en la *mano*.

Cuando uno quiere casarse pide la *mano* del objeto de su amor.

En los juegos inocentes, juegos cuya inocencia va siendo problemática, la mano tiene sus atribuciones. Además, el proverbio dice: *juegos de manos, juegos de villanos*.

¿No os acordais de la primera vez que estrechásteis la mano de vuestra amada, de la primera vez que imprimísteis en ella un ósculo amoroso? ¡Oh! ¡Cuánto dice el lenguaje mudo!

En Alemania existe una costumbre original entre las casas reinantes: aludo á los matrimonios morganáticos. En esta ceremonia, el principe da la mano izquierda á su esposa, y los hijos que nacen de esta union no pueden usar ni el nombre ni las armas de su padre.

Tambien con la mano se imprimen manchas que no pueden lavarse sino con la pistola ó la espada; el honor es muy limpio.

¿No es la mano tambien la que me proporciona ahora el inmenso placer de conversar con mis bellas lectoras?

No terminaria esta ligera serie de observaciones si no notase que vuestras manos sonrosadas, fatigadas del peso del *Almanaque*, tienen deseo de dejarle, acaso para ejecutar en el piano, tambien con las manos, alguna de esas melodías que arrebatan al alma, ó para dedicarse á cualquiera de esas labores femeniles que constituyen el encanto del sexo feo.

L. N.

EL MATRIMONIO

BAJO DOS PUNTOS DE VISTA.

¡Se ha hablado tanto ya sobre el matrimonio! Y sin embargo, apuesto cualquier cosa á que todas las solteras lean con gusto el título de este artículo!

Pero no todos piensan sobre él del mismo modo.

Vengan Vds. conmigo á un gabinete ricamente adornado, en el que se encuentran reunidas, á cosa de las cinco de una tarde lluviosa, cuatro jóvenes de diez y seis á veinte, de las que van muy á menudo á la Castellana y al Real, y de las que viven en la esfera llamada del *buen tono*.

Tres de ellas son amigas de la más rubia, que es la señorita de la casa, y

como no han podido pasear por la pícara lluvia, han ido á pasar la tarde en su compañía.

—¿Qué pueden hacer cuatro jóvenes que se ven solas en un elegante gabinete?

—¡Soñar! diría un poeta.

—¡Murmurar! exclamaría un filósofo moderno.

La filosofía se va acercando á las matemáticas, pero aun no llega.

—¿Qué deliciosas noches hemos pasado! dice una.

—Yo no he perdido un solo baile.

—Pues lo que es yo no he perdonado un solo wals.

—¡Bailar es vivir!

—¿Cómo se cambia de ideas! Cuando yo estaba en el colegio y leía á hurtadillas las cartas de Abelardo y Eloisa, y las novelas que nos llevaba de ocultos el primo de Consuelo, todo mi afán era encontrar un Abelardo.

—Lo mismo me pasaba á mí.

—Ser Virginia y poseer un amor como el de Pablo, ¡qué felicidad!

—Vivir entre las flores, oír todas las noches á la misma hora los gorgoros del ruiseñor...

—Fijar los ojos en un lucero y adivinar en su brillo el reflejo de la mirada de un hombre amado...

—Adorar en silencio la flor marchita que recibimos de sus manos...

—Preguntar á las margaritas si seríamos amadas... ¡Oh! ¡Cuánta dicha!

—¿Qué dulcísimos sueños!

—¡Bah! ¡Eramos unas tontas!

—Tienes razon.

—¿Cuánto más vale probarse un rico traje, leer *La Moda elegante*, adornarse con un aderezo de Pizzala, hollar la blanda alfombra de un salon, bailar un wals ó estrenar un sombrero microscópico, que no cruzar el campo donde hay bichos, que no formar ramos de flores cuyas espinas punzan?

—¿Cuánto más vale casarse con un hombre de posicion ó que figure, que no adorar á un Pablo cualquiera, pobre, descalzo, con un traje de rayas blancas y azules, como las que tienen los negros en las láminas coloreadas?

—Desengañaos, el amor solo existe en la imaginacion algun tiempo. Despues que pasa este arrechucho, hay que buscar un acontecimiento, y los bailes, la moda, las visitas, las excu-

siones al campo, la etiqueta, los viajes veraniegos, las novelas en accion es nuestro unico recurso.

—¡Cada vez que pienso que he podido amar algun tiempo á un poeta, que ni aun podia vender sus versos porque nadie los compra ya, segun parece!

—Tiempo perdido.

—Nada, chicas, es preciso casarse para gozar del mundo, como hacen otras.

—Para poder vestirnos de terciopelo.

—Y hacer los honores de la casa con nuestra *proverbial finura y amabilidad*, como dicen los gacetilleros.

—Entre los aspirantes á mi mano hay uno á quien estima mucho mi familia. Es rico y está metido en política; y lo que papá dice; si triunfan los suyos le harán embajador, y eso de ser embajadora es muy bonito.

—¡Yo lo creo! Ojalá mi primo Pepe imitara el ejemplo de tu futuro. Pero como es rico, no hay quien le saque de los picaderos.

—¡Vaya un mal!... Te convertirá en amazona.

—Aun cuando nos casemos, seremos muy amigas, ¿no es verdad?

—Hasta la muerte.

—Nos contaremos lo que nos pase.

—Y cuando sea preciso nos uniremos para espiar á nuestros maridos.

En esto entró un criado y anunció lo que se anuncia todos los dias á las seis; que la sopa estaba en la mesa.

Las cuatro amigas se sentaron á comer, y lo que es más, comen.

Hé aquí una cosa que no se hubiera creído en los tiempos que hacia furor la célebre comedia de Gorostiza, *Contigo pan y cebolla*.

Como las comedias de magia están de moda, no extrañareis un cambio de decoracion.

Dos amigos, el vizconde de A... y otro joven cuyo nombre no hace al caso, se hallan en el saloncito de la repostería del café Suizo á cosa de las doce de la noche, saboreando cada cual una racion de lengua á la escarlata, con su correspondiente Burdeos.

Por una rara casualidad, que extrañará muchísimo á los que asisten á esta hora al indicado café, mis dos héroes no murmuran, hablan; pero como

la conversacion es tan caprichosa, habiendo comenzado con varios comentarios sobre la próxima Exposicion, va á parar... ¿á dónde dirán nuestros lectores? Nada ménos que á ocuparse con seriedad del matrimonio.

—¿Con que nuestro amigo Luciano se casa? preguntó el vizconde.

—Eso me han dicho.

—Ya es pájaro de cuenta; se sale con la suya. Hará dos años que en este mismo sitio proclamó en alta voz que no se casaria hasta que no encontrara una mujer con un millon lo ménos.

—¿Y su futura es millonaria?

—Dos ó tres veces.

—Le compadezco.

—¿Está Vd. en su juicio?

—Me parece que sí.

—¿No es el dinero el rey del siglo?

—Por eso nos domina.

—Vamos, que un millonajejo no viene nunca mal...

—¿Cuando viene *solo*!

—¿Por lo que veo es Vd. enemigo del matrimonio?

—No, señor; soy acaso uno de sus más entusiastas partidarios.

—Lo que yo creo es que Vd. es un enigma.

—Me explicaré. ¿Si hallase Vd. una mujer con un millon, se casaria Vd. con ella?

—Yo lo creo, sobre todo si el millon era de duros.

—¿Aun cuando no la amase Vd.?

—Hombre, siempre se ama á una mujer rica.

—El dinero cambia de manos, y la mujer no debe cambiar, ¿no es esto?

—Ya lo creo.

—Pues ahí tiene Vd. uno de los peligros de los que buscan dote en la mujer antes que nada.

—Las ideas de Vd. son muy antiguas.

—Pues á mí me parece que son las más modernas. ¿No es el negocio lo principal en todo?

—Convenido.

—Pues, amigo mio, yo creo que el mejor negocio que puede hacer un hombre, si resuelve casarse, que esto es otra cuestion, es enlazarse con una mujer, si no pobre del todo, al ménos de una fortuna escasa.

—Eso equivale á probar que dos son más que veinte.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que no? Pero volviendo á nuestro asunto, cuando Vd. busca á una mujer rica, ¿por qué la busca Vd.?

—Para aumentar mis bienes con los suyos, y hacer que nada falte en casa.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que la mujer no desea tambien, cuando varia de estado, hacer negocio?

—Las mujeres no entienden de esas cosas.

—Hoy en el dia sí: la economía política ha hecho muchos progresos; por regla general ya no se casan las mujeres para tener marido, sino para tener editor responsable y depósito, como los periódicos. Cuando son ricas, acostumbradas á vivir en el fausto, al casarse desean mejorar; y con el pretexto de que sus bondadosos padres han añadido á su *trousseau* algunos títulos de propiedad ó algunos treses—cuya constancia suele dejar atrás á la de las coquetas más refinadas;—con pretexto de estas sumas, que depositan en poder del esposo, creen tener derecho á disfrutar de todo cuanto hay en el mundo, considerando los gastos de sus costosos caprichos ni más ni ménos que como réditos del capital que aportan. Si se defraudan sus esperanzas, hacen un mal negocio, y esto es lo peor que puede suceder al infeliz marido; si las realizan, en pocos años destruyen dos fortunas: resulta, pues, que es infinitamente más cara una mujer millonaria que una mujer pobre.

—Eso quiere decir...

—Que las buenas esposas se hallan, como las perlas, escondidas, y que es preciso, para adquirirlas, sacrificarse un poco.

Era ya tarde, y Mayer, el mozo del café, despidió á los disertadores.

Ya hemos visto lo que se habla y lo que se piensa respecto de un asunto demasiado importante para echarle en olvido.

¿Comprenden Vds. ahora por qué hay tantos matrimonios desgraciados? ¿A que sí?

JULIO NOMBELA.

LOS OJOS.

Si preguntais á la ciencia qué entiende por ojos, os dirá que el ojo es